Enero
2024
BOLETÍN BUBISHER

Sumario

Sonrisas / 56 motivos / Escritores / Las jaimas no tienen candado / El pájaro y los dos demonios (un relato) / Tú eliges / Jugando y aprendiendo / Ortodoxia vs. heterodoxia / Si quieres pájaros, planta árboles / En las arenas del olvido / El cerebro de Einstein y una tele de cartón / A Pilar Bardem / Libros en Sáhara tienda / Gracias, Biblioteca "Almudena Grandes" de Azuqueca / La estación de la atención plena / 30 de enero: día escolar de la no violencia y la paz

SONRISAS

Sonrisas al sol, sonrisas a la sombra. Sonrisas de chicas adolescentes, al sol; sonrisas de mujeres adultas, a la sombra. Todas comparten sonrisa. ¿Todas las sonrisas, una sonrisa, la misma sonrisa? No, las del sol son pujantes, irradian plenitud; las de la sombra acusan algún cansancio. Pero unas y otras expresan alegría, sin reservas, las unas; las otras contenida. Chicas y mayores con la sonrisa puesta, como complemento de su personalidad, como marca de su modo de ser y de estar en el mundo, en una de las partes más dura del mundo, la hammada argelina, en la que las sonrisas son como oasis de frescor y arroyos claros. No son sonrisas para la foto, es la foto el pretexto para que las sonrisas ofrezcan un paisaje humano de una alegría, que dignifica la pobreza que habita en tantas dairas y barrios de las wilayas. Sonrisas que no son meras reacciones a lo que ven y oyen porque les hace gracia, sino que son expresión de un estado de ánimo heredado, tan resistente, como esperanzado. Sonrisas que no son recurso para burlar la desgracia, sino armas para superarla y vencerla, cargadas con la "V" de la victoria, que dos dedos infantiles esculpen en el aire.

Son risas de mujeres, casi niñas, a la luz y el calor de cada día, con las que plantar cara a su presente y modelar un futuro, en el que ejercer su condición humana en libertad; sonrisas de mujeres adultas que, a la sombra del tiempo, prepararon el camino con la sonrisa del sacrificio. Sonrisas, las de unas y otras, liberadoras, como liberan los sueños -sonreír es una forma de soñar- de tensiones compartidas. Sonrisas, que invitan a sonreír con la cercanía de quienes, como yo, tenemos a su pueblo formando parte de nuestras biografías, como con seguridad también la joven voluntaria, que incorpora su sonrisa entre el sol y la sombra.

Sin dejarse ver en la fotografía, cabe pensar que el Bubisher, complacido por la parte que le toca en las expectativas confiadas de esas sonrisas, también está sonriendo en sus Nidos. Sabe estar en los cinco a la vez.

Fernando Llorente

56 MOTIVOS

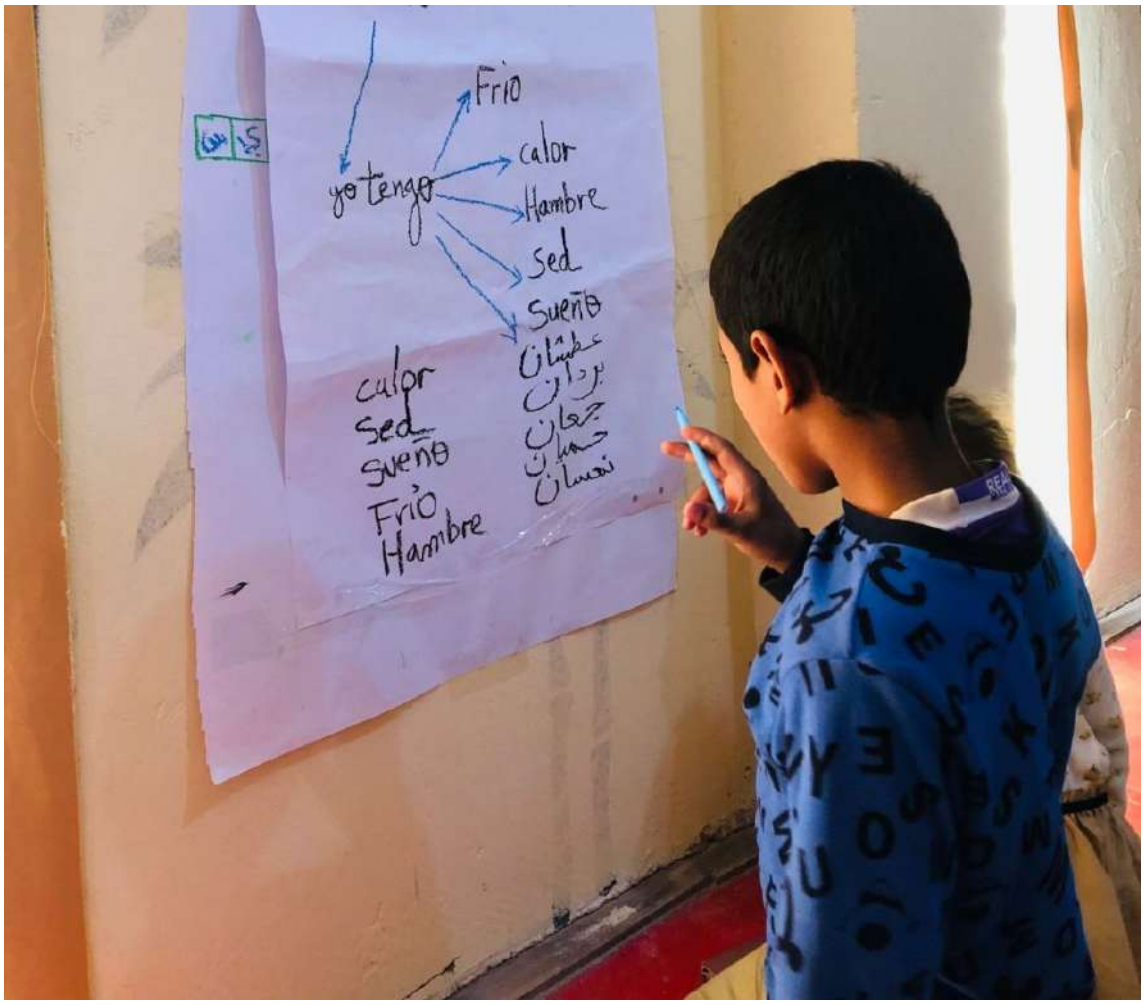
56 niños y niñas en tres sesiones de cuentos, una mamá escuchando en la esquina, bibliotecarias sosteniendo el libro, sosteniendo el grupo, narrando incluso con sus manos, hojas blancas para acoger historias y dibujos, la bicicleta azul … Todo sobre la alfombra a la sombra de un bibliobús, rodeados de tranquilidad, aire y arena. Le muestro las fotos a Tateh, nuestro compa saharaui nacido en los campamentos que vive allá y aquí, para que me diga qué ve en ellas. Las fotos le traen a la memoria aquella asamblea del Polisario cuando un dirigente envió un mensaje a la población sobre la importancia de que todo el pueblo saharaui se colocara y se mantuviera en la misma *ahsira* احصيرة, en una única ahsira, a la alfombra le decimos ahsira. La *ahsira* es para las personas saharauis símbolo de unión, lugar para compartir, reír, consensuar y aliviar el drama. Eso ve Tateh en la foto. Y sigue, me explica que para los saharauis el aprendizaje al aire libre, sin pupitres ni sillas ni ataduras por medio, es lo que mejor va con su propia identidad; es la disposición más amable para aprender.

Pareciera que es el modelo de escuela que él hubiera anhelado en su época de estudiante en los campamentos. Antes de devolverme las fotos añade que también ve la *dal* ظل, la sombra. El saharaui cuando está fuera de la jaima siempre busca la *dal*, en donde sea. Habitarla se hace necesario.
¡Que diferente es todo aquí! Por estas tierras la función de los bibliobuses es garantizar el acceso al sistema de lectura pública a las personas que residen en zonas de baja concentración demográfica.

Los bibliobuses del Bubisher llevan libros, historias, talleres a zonas de alta concentración demográfica, donde viven niños y niñas en un entorno de alta dificultad de acceso a la lectura; y además lo hacen como a ellos y ellas más les gusta, en el suelo, sin muebles, conformando el mágico círculo sobre la alfombra que les va a transportar a todos a la vez a mundos apasionantes. Y además para que mientras tanto no les hierva la sangre y puedan calmar el corazón el bibliobús lleva incorporada también esa *dal, la* imprescindible, esa sombra que vale millones, muchos más que los que vale por aquí cualquier fresca sombra de la más frondosa morera en un caluroso día de verano.

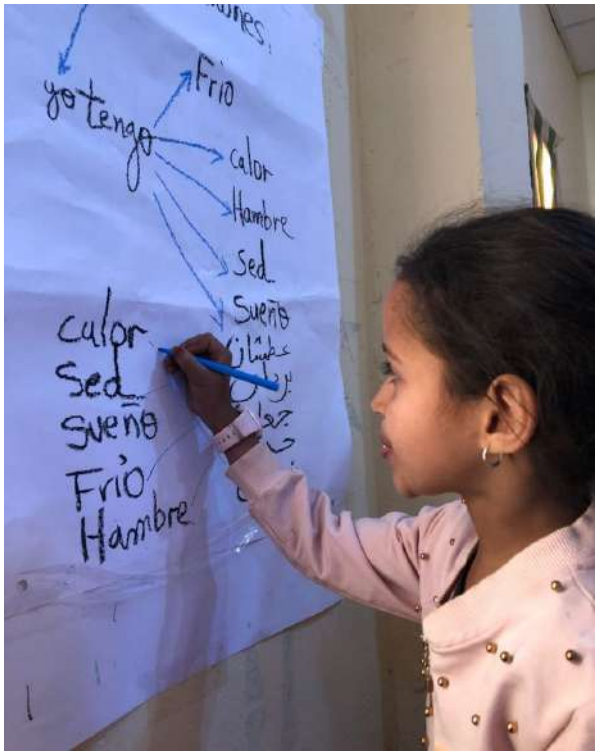
Koro Azkona

ESCRITORES



La historia empieza cuando aparece la escritura. Todo lo ocurrido antes de que surgiera esta invención se considera prehistoria. La primera forma de escritura apareció en Mesopotamia hacia el 3200 a.C, un sofisticado código de símbolos (conos, discos, esferas, tetraedros, cilindros, ovoides), llamada escritura cuneiforme . Al mismo tiempo que surgía esta escritura, los egipcios y los mayas desarrollaron la escritura jeroglífica a base de ideogramas. El lenguaje escrito hizo posible que aquellos primitivos asentamientos llegaran a convertirse en auténticas civilizaciones.

La escritura contribuye a desarrollar las facultades cognitivas de los niños y niñas. Durante la infancia se forman miles de millones de conexiones sinápticas (proceso de conexión entre neuronas para transmitir información) en el cerebro, y la escritura, al igual que el juego y la manipulación de objetos, contribuye a estimular la actividad cerebral y el desarrollo de estas conexiones.



La lengua la solemos dividir en dos partes bien diferenciadas. La oral y la escrita. La oral la vamos adquiriendo de forma natural, mientras que la escrita debemos aprenderla en la escuela, pues implica una técnica. En la escuela nos alfabetizan, pero eso no significa que sepamos escribir. Sabemos escribir cuando somos capaces de transcribir a signos (alfabeto) el pensamiento, fijarlo y comunicarlo.

Los niños y niñas que visitan diariamente las bibliotecas Bubisher son unos **verdaderos genios.**

Para comunicarse oralmente utilizan su lengua materna el hasanía, un dialecto del idioma árabe hablado en la región desértica del suroeste del Magreb, entre el sur de Marruecos, suroeste de Argelia, Sáhara Occidental y Mauritania. Y en el caso de los saharauis utilizan también léxicos del español , huellas de su pasado colonial. Los idiomas oficiales en la constitución saharaui son: el árabe y español.

En la lengua escrita, son capaces de utilizar los dos alfabetos más extendidos en el mundo. El alfabeto árabe y el latino.

Se dice que el abecedario árabe y el español son primos lejanos. Ambos provienen del alfabeto fenicio, creado por este pueblo en Siria, hace 3.000 años. Su rápida extensión hizo que la mayoría de los alfabetos que se utilizan hoy en el mundo provengan de él.

Una rama del alfabeto fenicio evolucionó hasta formar el alfabeto griego, que después fue la base del alfabeto latino, utilizado hoy en día por casi todos los idiomas europeos. Sin embargo, otra rama del alfabeto fenicio dio lugar al arameo, que derivaría en el alfabeto árabe. Por tanto, ambos abecedarios comparten algunos orígenes y, por tanto, ciertas similitudes, como el hecho de que cada grafismo se corresponda con un sonido.

A todo esto, le tenemos que añadir, que existen diferencias notables a la hora de escribir en árabe o en español.

El árabe se escribe de derecha a izquierda y los números de izquierda a derecha.

Las letras árabes no tienen mayúsculas o minúsculas tal como en el alfabeto latino. Cada letra tiene diferentes formas, dependiendo de su posición en la palabra. Las cuatro formas que una letra pueden tener son: aislado, inicial, media y final.

La riqueza lingüística que estos pequeños saharauis adquieren es impresionante. Con las dos lenguas, el árabe y el español pueden comunicarse con la mitad del mundo. Esperemos que la comunidad internacional les deje hacerlo.

Cándida Santiago

LAS JAIMAS NO TIENEN CANDADO

Dejemos a la mujer, mientras esté absorta en abrir el candado y vamos a fijarnos en la puerta. Esta puerta es un cielo con nubes oxidadas. Mar con perturbación atmosférica. Paredes oxidadas de una piscina en ruinas. Goteras que en su día fueron acuosas y ahora son sol, viento y arena fosilizada.

La puerta, una simple puerta. Dolorida y apaleada como una vieja cazuela, pero ahí sigue resistiendo, cumpliendo con su deber.

Ninguna jaima saharaui lleva candado. Ni antes ni ahora. El candado llegó a la Hamada, por culpa de las ovejas y las cabras. Quien ha estado en el Sahara, sabe la proverbial insolencia de estos animales. Tienen vía libre, según ellas, para irrumpir, husmear. Para beber y comer lo que les dé la gana: sobras de harina, agua, hojas de té verde, cartón o el banquete de una boda. Eran y siguen siendo muy tercas, especialmente las ovejas. La gente las echaba, una y otra vez y las pandillas, perdón, las manadas, volvían una y otra vez.

Durante los primeros años del exilio, las familias colocaban cortinas en los cuartos de adobe que hacían de cocina y almacén. Era un sencillo truco para

despistar a los animales. Pero no tuvo ningún efecto. Las cortinas fueron pisoteadas, arrancadas de cuajo y las telas más golosas, merendadas por estas barrigas insaciables. Luego llegaron las puertas de zinc y madera, pero el ganado, más cabreado que nunca, las hizo rodar por el suelo, y la fiesta de los animales fue, en muchas ocasiones, mayor.

Cuando entraron los candados a las cocinas de adobe, las cabras y las ovejas perdieron la guerra. Entonces los candados se multiplicaron. No solo aseguraron cocinas, sino cofres, baúles, tiendas, oficinas, contenedores, escuelas, aulas y cualquier cosa susceptible de poder ser clausurada.

Los años y la desesperación se fueron acumulando y los malos de la película, ya no solo eran, las cabras y las ovejas.

Y, ¿qué guarda este imponente candado que está a punto de abrir nuestra protagonista? Guarda secretos, muchos secretos, me imagino. Detrás de esta puerta no está el vacío. Detrás de esta puerta, está la imaginación. Y esta mujer es La Maga, La Ilusionista, que con su llave abrirá el candado y la puerta y nos dará vía libre para habitar, no en la cruda realidad de nuestra vida (también apaleada), sino en el mundo del ingenio y la chispa. Porque si las jaimas no tienen y no pueden tener candados, tampoco, se puede poner candados a la lectura, a la creatividad y a la fantasía.

Liman Boisha

EL PÁJARO Y LOS DOS DEMONIOS (UN RELATO)

Hacía frío. Un frío insólito para estar en el Sáhara, en la hamada argelina. Llovía a mares, y era la primera vez que lo hacía en ocho años, nada menos. Oíamos caer la lluvia resguardados bajo una manta, esquivando las goteras que sonaban en una palangana de zinc con una cadencia casi bailable. Hassana bromeaba recordando Asturias, los días de lluvia. “Falta un sidrín”, decía.
Pocas veces he visto un Hassana tan relajado y conversador. Lo suyo es la acción, la reparación, la intervención, siempre pendiente de todos y de todo, con una rara intuición para saber lo que cada uno necesita, sea saharaui o no. Y para conseguirlo. No hay tiempo siquiera para darle las gracias a Hassana, porque cuando te quieres dar cuenta de lo que ha hecho por ti ya está haciendo algo por alguien más, saharaui o extranjero. Sin parar, nunca. O casi nunca, porque ese día de febrero estuvo quieto al menos quince minutos, una rareza. Y como es hombre de contrastes, el frío, la lluvia y aquella rarísima humedad llevaron su memoria al calor y la infinita sequedad del Sáhara más habitual. O no, tal vez fue que alguien del grupo hablara, cerca de nosotros, de un pájaro que habíamos visto en las dunas de Ausserd.

En el verano de la pandemia, dijo Hassana, no pudimos salir de los campamentos. El calor fue horrible, horrible. No podíamos más. No lograbas mover un brazo sin sentir que te agotabas. Un día le propuse a mi amigo Skeirid irnos en el coche rumbo al este, hacia un bosquecillo de acacias espinosas que están en alto, pensando que por allí correría alguna brisa fresca. Solo decir esas palabras, brisa fresca, ya nos sentíamos mejor. Arrancamos antes de que saliera el sol; si no, imposible. Pero hasta el aire nocturno, de madrugada, era como el que sale del horno. Llegamos al alto de las acacias justo cuando amanecía. Pusimos el coche de espaldas al sol, a la sombra del árbol más grande, que no era mucha, a la espera de la brisa. Sacamos una manta y nos sentamos, tratando de ahorrar fuerzas, con una botella de agua envuelta en trapos para conservar algo de frescor entre nosotros. Hasta hablábamos lo justo para no perder energía. Solo nos movíamos para echar un trago, de vez en cuando, ahorrando agua. No se movía nada, nada. Pero de repente un pájaro pasó volando por

delante de nosotros. Nos extrañó que se atreviera a volar con aquel calor, pero no dijimos nada. Medio minuto después volvió a pasar, un poco más cerca, en el otro sentido. Yo lo miraba sin mover la cabeza siquiera, solo los ojos. Y cuando creía que ya no iba a volver llegó con un vuelo titubeante, como asustado, y se plantó delante de nosotros, a un metro de nuestros pies. ¡Cómo nos miraba! Parecía agotado, a punto de caer redondo. Skeirid sabe mucho del desierto, y no necesitó más que señalar la botella de agua para que yo entendiera: el pájaro tenía sed, tanta sed como para atreverse a acercarse a dos hombres. Y ahí seguía, quieto. Todo lo despacio que pude, para no asustarlo, abrí la botella y puse un poco de agua en la palma de mi mano. Y sin hacer ningún gesto, la extendí hacia el pájaro. Seguía dudando. Miraba a Skeirid, me miraba a mí. Y poco a poco, pasito a pasito, se fue acercando, dudó un poco, retrocedió, volvió a avanzar hasta casi rozar mi mano, se detuvo, pero por fin se atrevió y… ¡bebió! Sentí el roce de su pico en la palma de la mano. Nada más beber salió volando. Skeirid sonreía. Yo también.

Al cabo de un par de minutos el pájaro volvió a posarse delante de nosotros. Esta vez fue Skeirid el que puso agua en el cuenco su mano y la acercó al pobre pájaro sediento. No lo dudó tanto. Se volvió a acercar y bebió otra vez. Y te juro que nos miraba a los ojos, moviendo su cabecita. Solo le faltaba hablar para darnos las gracias. Luego se puso un momento de espaldas, sin dejar de vigilarnos, levantó el vuelo y desapareció entre las copas de las acacias.

Hassana se quedó en silencio, con la manta por encima de las rodillas. Yo estaba conmovido. La historia del pájaro me recordaba a la de Buck, el perro de La llamada de la selva, de Jack London, que a punto de morir de frío no ve otra salida que acercarse a una cabaña junto a la que un hombre corta leña, y eso que está seguro, por terribles experiencias pasadas, de que el hombre lo va a matar con el hacha. Pero es eso o morir de frío en la nieve, y se sigue acercando al peligro; y cuando cree que el hombre levanta la mano para golpearlo… recibe una caricia. La misma situación, cambiando el frío mortal por el calor no menos mortal. Un pájaro, por instinto, se aleja cuanto puede de los seres humanos, pero el de aquel bosquecillo de acacias también había apostado su propia muerte a una posibilidad de vida.

Hassana repetía la escena, aún admirado por la valentía del pájaro, sin que sin embargo pareciera valorar su propio gesto, su compasión, haberle dado de beber parte de su agua; al fin y al cabo eso es lo que hace siempre, sea con quien sea, humano o animal. Esos instantes le habían acercado aún más a su amigo Skeirid. Yo hubiera querido profundizar un poco en sus sentimientos, pero algo arrancó a Hassana de su rara inmovilidad, y se fue como un torbellino a lo que hace siempre: resolver problemas, darse a los demás sin esperar nada a cambio. Siempre hay agua en el cuenco de su mano.

Yo me quedé solo. Cerrando los ojos imaginaba muy bien la escena, aunque tuviera que transformar el frío en calor. El desierto, el ralo bosquecillo, los dos

hombres inmóviles, el pájaro valiente… ¿Cómo lo viviría el pájaro? No sé por qué, imaginé que más bien era una hembra, que había vencido el miedo por sus pollos; el instinto de la vida. No era improbable que así fuera. Pero, me dije, si ella pudiera contárselo a un viajero del desierto, ave o humano, por ejemplo a mí, ¿cómo se lo contaría, qué le diría?

Entonces, algo me sacó a mí de mis reflexiones, pero ahora, en la paz que me proporciona mi lugar de trabajo, me puedo poner en el lugar del pájaro, me puedo ver a mí mismo convertido en pájaro, y "escuchar":

"El sol parecía ir a fundir la arena. El calor era tan abrasador que no podía posarme en el suelo sin que me quemara las patas. Mis pollos, en el nido, ya no se movían. Tal vez estaban muertos. Y volar era un suplicio. Necesitaba agua, o una brizna de hierba verde que contuviera un poco de humedad para llevarla al nido, salvar la vida a alguno de mis pollos, pero no había nada, nada. Había visto ya a otros pájaros rendidos en la arena, bajo los árboles; algunos muertos, otros inmóviles, el pico abierto, buscando aire. No podía más, y ya me abandonaba a la muerte cuando vi que llegaba una de esas máquinas ruidosas que aparecen en el desierto de vez en cuando, y que no traen nada bueno. El primer impulso fue escapar, pero ya no podía más. De la máquina se bajaron dos demonios. Esos seres enormes, sin alas, a los que tengo más que miedo, de los que debemos huir todos los pájaros. Se sentaron a la sombra de su propia máquina y se quedaron quietos, seguramente tan asfixiados y sedientos como yo misma. Me asomé desde el nido, observando a los demonios. Uno de ellos sacó un objeto, lo destapó y echó la cabeza atrás para… ¡beber! Agua, tenían agua. Sin duda, aquello era agua. Yo tenía miedo, terror, pero ellos tenían agua.

Apenas me quedaban fuerzas, pero la poca vida que aún había en mi cuerpo y la de mis pollos me hicieron vencer el miedo. Tal vez pudiera alcanzar el agua. Volé, desde las ramas del árbol, pasando cerca de los demonios, hasta otro árbol. No se movieron. El segundo demonio también bebió, levantando la cabeza y la boca, y el agua brillaba desde el objeto hasta su boca. Mi vida ya no valía nada, pero por la de mis pollos… Así que volví a volar, esta vez más cerca aún de los demonios, para ver qué hacían. Nada. Tampoco se movieron, aunque al menos uno de ellos me había visto, estaba segura. Qué miedo tenía yo, pero… tenía más sed que miedo. Agua. Agua. ¿Y si me acercaba un poco más, para ver si se les caía aunque fuera una gota de aquella cosa que se llevaban a la boca? Y bajé al suelo, justo delante de ellos. De sus patas largas. Me vieron, y tampoco hicieron nada; no parecían querer matarme. Un pasito más cerca, otro. Los demonios se miraron el uno al otro. Y el que tenía más cerca tomó aquella cosa, abrió el extremo del que salía el agua. ¿Qué iba a hacer? Dos pasos hacia atrás, por si acaso. Lo que hizo fue echar agua en una de sus patas desnudas. Podía oler agua, el agua. Y él extendió su mano hacia mí, con un charquito de agua en su lecho. ¿Me la ofrecía? ¿O era una trampa para matarme? Estaba segura de que eso era, pero pensé en mis pollos; si no me arriesgaba, morirían. Y, al fin y al cabo, yo también. Qué más daba. Me volví a acercar un poco. El

agua estaba en el hueco de su mano desnuda, ante mí. Estiré el cuello todo lo que pude… Y bebí. O no, no bebí. Almacené el agua en el buche y antes de que fuera tarde salí volando hacia el nido. Podía tragar el agua, pero no lo hice. Allí estaban mis pollos, quietos, los ojos y los picos cerrados. Los toqué un poco con el mío, y se despertaron. Abrieron la boca, como cada vez que llegaba al nido. Y deposité en cada pico unas gotas de agua fresca… Revivieron. Me quedaba apenas una gota en el buche, la tragué. Vida. Aguardé un momento y me pregunté si podría conseguir un poco más de agua de los demonios. Volví a bajar, me puse de nuevo ante ellos. Y el segundo demonio hizo lo mismo que el primero: Abrió la cosa, puso agua en el hueco de su mano. Más confiada, me volví a acercar. Estiré el cuello y hundí el pico en el agua. En la vida. Esta vez bebí, bebí. Para conservar la vida, para encontrar algo con lo que conservar la de los pollos. Levanté los ojos hacia los gigantes. Me miraban. Ya no parecían tan malos. Me separé un poco. No sé lo que quería. Abrí el pico, me giré un poco, les ofrecí mi cuerpo, mi vida, porque no tenía otra forma de darles las gracias. Me miraban. Hubiera querido… No sé lo que hubiera querido. Me fui volando hasta el nido, a la sombra. Pasado un tiempo los vi levantarse y meterse en su máquina del ruido. Que rugió, que comenzó a moverse. Se fueron.

Un día después, refrescó.”

Así lo habría contado ella, supongo. Pero no podía. Hassana sí que había podido, podía, y aquí estoy yo, llevando a mi memoria, antes de que toda mi memoria se extinga, su pequeña historia. O no tan pequeña, porque lo que vivieron Hassana y Skeirid fue un raro contacto entre dos clases de seres vivos tan distintas. La suya, la de las aves, tiene una evolución lenta, muy lenta, porque les falta algo que nosotros poseemos: precisamente eso, la capacidad, la posibilidad de poder contar una historia a los demás seres humanos. Y esa capacidad nos ha hecho tal como somos, para bien y para mal. En ocasiones, las más, se ha usado, por ejemplo, para contarles a los otros cómo se puede cazar a un pájaro y comérselo. Si la hembra que venció el miedo para dar de beber a sus pollos pudiera contarles lo sucedido a otros pájaros, estos aprenderían algo bueno, algo hermoso, que ese momento de compasión entre dos hombres y un pájaro era, es posible.

No puedo decirles nada a los pájaros, o aunque pudiera no iba a servir de nada. Pero sí a los demás seres humanos, a ti. Y es muy sencillo: si podemos contar historias, si esa extraña capacidad que solo tenemos nosotros entre los casi dos millones de especies vivas distintas que hay en la Tierra, y de momento, que sepamos, en el Universo, es la que nos ha hecho como somos, tal vez tenemos que hacerlo; tal vez contar historias no es una posibilidad, sino una obligación. Por eso, cada vez que encuentro en mi vida algo que me emociona, como la pequeña historia que Hassana me contó un día de lluvia en el Sáhara, lo intento.

Por eso escribo.

Gonzalo Moure

TÚ ELIGES

Sé lector y serás más bello… El alimento para la mente no es menos importante que el almuerzo para el cuerpo. Quizás en las escuelas hay clases y lecciones específicas sobre cada una de las asignaturas del programa escolar, pero en las bibliotecas puedes leer las historias que quieras. Puedes elegir una historia que mejore tu estado de ánimo. Puedes lograr hacer un viaje fantástico. Puedes hacer actividades que te encantan y con las que pones a funcionar tu inteligencia.

Las bibliotecas en los campamentos son de gran importancia en la vida de personas de todas las edades, niños, niñas, jóvenes, mujeres, hombres, ancianos… Y todo ello aprovechando constantemente este espacio cultural que son las bibliotecas Bubisher en todos los campamentos. Incluso hemos dado un paso hacia adelante en la educación de los niños a través de los cursos de español, en los que hemos introducido lecciones con música, una idea maravillosa, ya que con la música, todo es más fácil.

Esperamos que el proyecto Bubisher siga teniendo éxito y que siga creciendo. Mi equipo y yo queremos trasladar nuestro agradecimiento a todos los socios y a todos los que trabajan continuamente para que esto sea posible.

Suadu Mahsan, bibliotecaria
Bubisher de El Aaiún

JUGANDO Y APRENDIENDO

Los romanos llamaban a la escuela *ludus*, y los griegos σχολή (*scholé*); ambas palabras las podríamos traducir por *ocio, divertimento, juego.* Y de ahí nos vienen vocablos como *lúdico, ludopatía* o la propia *escuela,* y hasta la *escolástica*. Y algo debían saber de esto los antiguos pues todos, y los que nos hemos dedicado a la docencia especialmente, sabemos que cuando un niño disfruta en clase, juega en clase, es cuando más aprende. Las más áridas operaciones matemáticas o los más complicados análisis sintácticos de nuestros jóvenes estudiantes se suavizan con el caramelo del entretenimiento, no exento

de aprendizaje; ese envoltorio, dulce y atractivo, rompe la barrera del desinterés y la poca motivación; cuando una maestra logra “engañar” a sus alumnos con ese viejo método del juego, ya los tiene ganados para su equipo, las cosas vienen rodadas y todo es más fácil.

Fijaos en estas fotos: unos cuantos chavales de nuestras bibliotecas están jugando-aprendiendo con el magnífico material que les han mandado los amigos de la escuela Daina-Isard, de Olesa: *“De bubisher a busbisher…”*, un juego mezcla de la oca y del trivial con preguntas y

pruebas sobre unas fichas de naturaleza que tienen desplegadas en la mesa: leo, me traducen al hassanía lo que no entiendo, miro los preciosos dibujos de animales y estrellas, me explican cómo funciona eso de la tormenta, me entero de cómo se forma el arcoíris y de cuántos colores tiene, tiro el dado, acierto, avanzo casillas, espero mi turno mientras veo cómo mis compañeros no saben cuántas patas tiene una araña, jajaja, me toca tirar de nuevo, ¡cielos!, me ha salido cárcel y tengo que volver al punto de partida, mala suerte, qué fácil, a ellos les ha tocado imitar el sonido y el movimiento de una serpiente, así gana cualquiera, tiramos nosotros, un seis, *de bubisher a busbisher y tiro porque quiero aprender*, ahora sí que les pillamos, esta es fácil, tenemos que representar entre todos los del equipo un encuentro entre un meteorito y unos dinosaurios… Pero si ya son las 6, se nos ha acabado el tiempo; Hamdi, ¿mañana podemos seguir jugando?

¿Jugando? Claro, y aprendiendo. Mañana más.

Javier Bonet

ORTODOXIA VS. HETERODOXIA

Las personas adultas somos muy dadas a las normas y a la ortodoxia. En cambio, todo niño y niña tiene como objetivo vital, desde que se levanta por la mañana hasta que se acuesta, romper toda norma que se le ponga delante. Dirán los y las expertas en educación y psicología que niños, niñas y adolescentes necesitan normas, reglas, hábitos para construir una vida ordenada, y es cierto, pero toda persona que se dedica a educar sabrá y vivirá que la infancia y la adolescencia son las etapas especializadas en intentar cambiar, poner entredicho y demoler cualquier normativa.

Y gracias a esta actitud aprenden a negociar, a poner en duda toda ortodoxia o la verdad absoluta, a cultivar el espíritu crítico. Y no debemos olvidar que esta actitud de rebeldía ayuda a construir la creatividad. Si alguien quiere salirse con la suya y saltar por encima del muro de la ortodoxia adulta, en la imaginación tendrá una gran aliada. Muchos y muchas artistas contemporéneos comentaban en su tiempo, entre ellos Miró, que para poder pintar como lo hacían habían tenido que convertirse otra vez en niños y niñas.

La infancia es la mejor representante de la heterodoxia.

Cuando veo a unos niños y niñas coger un butai y usarlo como teatrillo de giñol, mis neuronas soldadas por la ortodoxia, se ponen en rojo. Saltan todas las alarmas y llega al cerebro, con gran celeridad, todo aquello recitado en cursillos y leído en artículos y manuales: “ El butai es un marco de madera en el que se insertan los cuentos- kamishibai. Este marco es la frontera entre lo real y el mundo de la fantasía. Las puertas del butai se deben abrir de derecha a izquierda y por último la solapa de arriba. En el momento de la apertura se deben pronunciar unas palabras que invitan al y la espectadora a guardar silencio, a estar atento….” Y podríamos seguir con más reglas como: “ El cuento-kamishibai se debe leer desde la esquina de la izquierda del butai, nunca desde detrás y a poder ser conviene usar ropa oscura y sin adornos…”

Toda esta recitación de normas es como una nube de tormenta que en unos breves instantes se disipa. Enseguida aparece el sol de la creatividad y de la heterodoxia. Y me pregunto, ¿para qué se puede usar un butai, es decir, un artefacto de madera con puertecillas, aparte de para contar kamishibais?

Y se me ocurre que si pienso como una niña o un niño estos pueden ser algunos de los usos: para un teatrillo de marionetas, para casa de muñecas o de monstruos o héroes, para marco de hojas en blanco para ir ilustrando un cuento un sueño, para hacer un fotocall, para enmarcar la foto de mi familia o cuadrilla…

En definitiva para enmarcar la imaginación, la creatividad y la heterodoxia.

Maite Ramos

SI QUIERES PÁJAROS, PLANTA ÁRBOLES

En la hamada no hay árboles, es una extensión pedregosa y llana, vacía. El sol arde en el horizonte amarillo y todo queda detenido. No existe el tiempo ni siquiera el espacio. El vacío lo llena todo: el sol asfixiante del verano, la arena de las tormentas, el frío del invierno. Allí, en ese infierno argelino, viven los saharauis exiliados, expulsados de su tierra. Piensan en el regreso mientras observan esa nada infinita, piensan en el mar y los árboles que les han robado. Se imaginan tendidos a la sombra de sus copiosas ramas, escuchando el rumoreo de las olas como hicieron sus antepasados. El sueño de esos árboles llevó hasta ellos un pájaro, el bubisher, ese pequeño pájaro del desierto, blanco y negro, que trae buenas noticias y construye bibliotecas en los campos de refugiados saharauis. En la hamada sí hay árboles. Hace trece, casi catorce años que crecen despacio, con la fortaleza de la lentitud y de los sueños. Las bibliotecas Bubisher tienen árboles plantados en sus jardines, árboles dentro de las páginas de los libros. Árboles en las manos de los niños y las niñas, que saben que allí donde hay un árbol, habrá vida, y que muchos árboles hacen un bosque. Ese bosque es el que construyen las niñas en la biblioteca, con sus hojas coloridas de papel de pinocho, sus troncos de acuarela. Con sus sonrisas.

Mónica Rodríguez

EN LAS ARENAS DEL OLVIDO

Mi padre era un poeta y escribía cuentos del tiempo y la memoria.

Un día no regresó vivo. Lo asesinaron. Lo enterramos cerca de la palmera verde que nos habían robado. A lo lejos, el mar gritaba: ¡Sáhara Libre!

Un día no pude volver a la escuela. El director llamó a mi madre y delante de ella me golpeó en la cara con el cuaderno. Luego le enseñó la bandera que yo había dibujado y bajo la que había escrito: ¡Sáhara Libre! Dijo que no era un buen ejemplo para mis compañeras y que no volviera nunca más por allí.

Un día la policía detuvo a mi madre. Le mostró las fotos de una manifestación, llevaba la misma bandera de mi dibujo, la misma que arropó el cadáver de mi padre. La insultaron, se rieron de ella y nos obligaron a abandonar la ciudad. Las estrellas gritaron: ¡Sáhara Libre!

Un día vinimos aquí, a la cruel *hamada*, al lugar donde viven los poetas cuando los hacen callar, al otro lado del silencio, donde el simún del olvido agita las *melfas* de las mujeres que esperan la libertad. Aquí no crecen árboles, ni plantas, solo el deseo de volver.

Ahora que vas a nacer, desde esta paz sin paz de la distancia, sueño con regalarte la palmera verde que nos robaron, y llevarte a las tierras libres. Al corazón del Tiris que mi padre cantara.

Federico A. de Haro de la Cruz

[1] Este microrrelato fue elegido entre los diez finalistas en el IV Concurso de Microrrelatos por los Derechos Humanos, organizado por Amnistía Internacional. Diciembre, 2017.
Relato incluido en el libro *Impresiones y retales*. HG. Editores. 2018

EL CEREBRO DE EINSTEIN Y UNA TELE DE CARTÓN

Cuando murió el gran genio (todos morimos, los genios también), un médico extrajo su cerebro para descubrir su secreto. Dicen que lo fue seccionando en finísimas lonchas para examinarlas al microscopio. No, no había nada extraordinario en ellas, ni más neuronas ni puentes de plata. Y sí, cualquier cerebro humano no es más que eso, el cerebro humano, el fruto de millones de años de evolución. El de estas niñas y niños de los campamentos es en esencia el mismo que el de Einstein, y en él cabe la fórmula que libere al ser

humano de todas sus esclavitudes. Una de estas niñas, uno de estos niños, será quien se asome un día a las pantallas de verdad para decir, por fin, que cayó el muro, que el Sáhara es libre, que es su tierra y no la ocupada por otro. Todo lo que ya hemos conseguido empezó un día, con algo parecido a una tele de cartón. Para eso existe el Bubisher.

Gonzalo Moure

A PILAR BARDEM

Quizás llego un poco tarde para expresar que Pilar Bardem es un referente en nuestra biblioteca, pero estaba esperando al comienzo del 2024, porque con cada año se renueva la vitalidad, la actividad y la alegría y quería empezar este año con palabras de agradecimiento a la mujer que tanta ayuda brindó al pueblo saharaui. Nos sentimos realmente orgullosos de que nuestra biblioteca del campamento de El Aaiún lleve el nombre de Pilar Bardem. Aunque ya no esté con nosotros, permanecerá en nuestros corazones para siempre. También enviamos nuestro agradecimiento a todos sus familiares, amigos y personas cercanas a ella y les invitamos a ser socios del maravilloso proyecto Bubisher, para que podamos seguir creciendo.

Suadu Mahsan, Bibliotecaria Bubisher de El Aaiún

LIBROS EN SAHARA TIENDA

En la cabalgata de Reyes, ante 7 000 niños, la alcaldesa de Zaragoza dijo que “ningún niño se puede quedar sin regalo, aunque sea un libro”. ¡Aunque sea un libro! No, señora, un libro es el mejor regalo que un niño puede recibir.

Por ejemplo, regalar desde aquí a un niño saharaui, uno de los libros del Bubisher: Memorias de nuestro viaje, Arena y Agua, El niño de luz de plata o Ritos de Jaima. No hay más que entrar en la página saharatienda.com, buscar abajo en “Productos Destacados”, y los verás. Los tres primeros, en español y árabe. Por solo 10 euros cada uno, entregado al día siguiente, mediante una sencilla transferencia. ¿Qué mejor regalo? Y si lo haces, recuérdale que en la biblioteca Bubisher de su campamento tiene todos los libros que quiera, gratis, y con mil actividades.

GRACIAS, BIBLIOTECA «ALMUDENA GRANDES» DE AZUQUECA

Son muchas las bibliotecas que colaboran, de una u otra forma, con el proyecto Bubisher, desde las que el pájaro que trae las buenas noticias vuela de aquí para allá repartiendo buenas nuevas.

El pasado jueves el Bubisher se posó en la biblioteca «Almudena Grandes» de Azuqueca de Henares y llevó buenas noticias, las que transmití a un nutrido grupo de integrantes del club de lectura, que escucharon con atención.

Fuimos comentando los paneles de la exposición BUBISHER (A3) , relatando el largo camino que hemos ido recorriendo desde 2008, quince años de “buenas noticias”. Luego comentamos algunas fotografías del último viaje de once voluntarios, en febrero de 2023, lleno de trabajo, y muchas anécdotas…qué frío pasamos en el desierto.

Antes de retomar el vuelo, el Bubisher agradeció la fidelidad que año tras año tiene con él el club de lectura de la biblioteca de Azuqueca, que organiza un mercadillo solidario y dona su recaudación al proyecto para que sigamos volando.

Gracias a los responsables de Azuqueca y a Luisa, la directora de la biblioteca, que nos sigue a diario en las redes. Hasta pronto

Taquete Lanillos

LA ESTACIÓN DE LA ATENCIÓN PLENA

Si Arnold Lobel hubiera conocido los campamentos de refugiados saharauis, sin duda habría tenido que imaginar una quinta estación. En una de estas fotos una maestra saharaui lee la historia de Sapo y Sepo en la que este autor describe la amistad de dos entrañables personajes con el hilo conductor de las cuatro estaciones del año.

Estos niños saharauis viven en la estación de la atención plena. Todo despierta su curiosidad, cualquier cosa les permite volar…incluso hacia la primavera, hacia la nieve o hasta las hojas del otoño. De modo que no necesitan ir a ninguna semana blanca, porque ellos pueden viajar a donde quieran.

Ahí tienes a uno en la primera fila. Prácticamente no se sienta. Está dispuesto a catapultarse hasta el infinito. Va armado con un bolígrafo que le sirve de talismán.

Hace muchos años fui a la biblioteca Bubisher de Smara dispuesto a contar algún cuento a los primeros lectores que encontrara por allí. No fue necesario. Fueron dos lectoras de nueve o diez años las que me estuvieron contando historias durante toda la mañana y en ellas había tigres y una mariposa (“farasha”)

Y, como esa mariposa, podían cambiar de piel y dejar atrás las cosas que nos impiden volar.

Por eso, cuando veas a un niño saharaui que acude por la mañana muy temprano a la escuela, no te sorprendas si lleva una gran mochila o una voluminosa cartera. Ahí lleva alas, sueños, esperanza. No busques, no encontraras miedos.

Emilio Sánchez

30 DE ENERO: DÍA ESCOLAR DE LA NO VIOLENCIA Y LA PAZ

Estas niñas de la biblioteca Bubisher de El Aaiún expresan de manera sencilla que quieren la paz para nosotros.

La paz es la madre nodriza de cada país. Nosotros somos un pueblo que conoce mejor que nadie el significado de perder la paz, porque somos refugiados saharauis y llevamos 48 años viviendo en el exilio, Vivir en paz es uno de los deseos del pueblo saharaui que, como todo país colonial, conoce la amargura de la falta de paz en la región. Por eso, vivir en paz en nuestra tierra es nuestro mayor anhelo.

La paz, es tranquilidad y consuelo psicológico para cada persona y sus cimientos son la justicia y la democracia, porque sin ellas no existe y no puede haber estabilidad.

En el Día Escolar de la No Violencia y la Paz, nosotros, como pueblo colonizado, esperamos que todos los organismos internacionales se comprometan con los objetivos de la paz y resuelvan los conflictos por medios pacíficos, lejos de los conflictos que causan devastación.

Hoy, nuestros niños están en las instituciones educativas exigiendo de nosotros paz y un regreso a su país saqueado. Damos las gracias a todos los que apoyan nuestra causa y esperamos recuperar la soberanía de nuestro país con libertad e independencia.

Suadu Mahsan, bibliotecaria Bubisher de El Aaiún